

# Rescates, réplicas y contrarréplicas

## Recuerdos y traumas de un hombre que vivió la guerra

*Recuerdos de la Guerra de los Mil Días en las provincias de Padilla y Valledupar y en La Goajira*

JUAN LÁZARO ROBLES

Gobernación de la Guajira, Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira, Colección Guajira 50 años, Riohacha, 2015, 128 págs., il.

LA GOBERNACIÓN de la Guajira propuso en 2015, en el cincuentenario de la creación del departamento, la reedición de este libro en el que Juan Lázaro Robles ofrece una emotiva y detallada narración de episodios vividos por él durante la Guerra de los Mil Días en las provincias de Padilla y Valledupar y en la Guajira, que pertenecían entonces al departamento del Magdalena. Originalmente, se publicó en 1946. En calidad de capitán del Ejército Liberal, Robles fue partícipe de la prolongada pugna entre liberales y conservadores por este territorio del nororiente de la Costa Atlántica y en torno a ello construye su narración.

Riohacha, como puerto periférico y mal guarnecido, fue de las primeras ciudades tomadas, sin mucho esfuerzo, por los rebeldes. Allí centraron sus operaciones por diez meses, de febrero a diciembre de 1900 y fue ese el lugar de acopio de armas y de dos vapores de guerra: el “Peralonso” y el “Gaitán”. Además, se constituyó como ciudad de reunión de los liberales de la Costa y, de paso, de los varios generales que salían derrotados de las campañas del interior; entre ellos, el Director Supremo de la guerra, Gabriel Vargas Santos, y su máximo promotor, Rafael Uribe Uribe. Sobre la visita de este último, Robles hizo una bella descripción: se le recibió como a un general victorioso, regándole flores a su paso, a los acordes de las bandas y en medio de aclamaciones y aplausos (p. 57).

Desde el puerto, se ejerció influencia también sobre el amplio territorio de las provincias orientales del Magdalena, explotadas para mantener a ese gobierno provisional liberal que requería solventar gastos de guerra y de “marina”. Además de expropiar ganado y arroz a los hacendados de la provincia, que sirvieron algún tiempo para racionar a las tropas y para vender, especialmente por la vía de Maracaibo, se introdujo papel moneda de curso forzoso de confección liberal. Estos billetes, denominados popularmente “los peralonso” (tenían impresa la fotografía de esta embarcación), estaban respaldados por la venta de sal que monopolizaban los liberales (pp. 49-51). Así, se observa que las estrategias de dominio promovidas por los rebeldes, más que meros actos de guerra, se convirtieron en verdaderas tareas estatales: la organización institucional,

el cobro de “impuestos”, la introducción de su propia moneda y la difusión de símbolos de ese nuevo estado liberal que luchaban por instaurar (como la imagen del vapor revolucionario, cuyo nombre provenía de la publicitada victoria de Uribe Uribe).

Ahora bien, el control de Riohacha significó la posibilidad de tener un lugar de organización de los liberales, pero resultó ser un fuerte aislado y poco decisivo para poner la guerra a su favor. Así sucedió también en otros frentes de la guerra. En Santander y en Panamá se organizaron temporalmente gobiernos paraestatales, pero ello no fue suficiente para ganar la contienda: el triunfo lo otorgaba la conquista de Bogotá, lo que reflejaba tanto la fragmentación territorial, como la obstinada centralidad que ejercía la ciudad andina.

Por eso, ese control no fue un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un dominio mayor. Como deja ver la narración, los ejércitos y guerrillas liberales hicieron campañas en amplias zonas de Padilla, Valledupar y la Guajira, en procura de ser una fuerza hegemónica en ese territorio, y, a partir de allí, buscaron el manejo de los puertos más importantes como Santa Marta o Barranquilla, o llegar al río Magdalena para unirse a otros grupos del interior en armas.

Al referirse a esas campañas, Robles ofrece descripciones de los caminos, de los poblados y de las comunidades que habitaban esas zonas, que permiten dimensionar cómo se articulaba esa región (antes como ahora): el vínculo de la costa con el interior mediante ríos o caminos difíciles, las largas distancias entre poblaciones (Dibulla, Fonseca, Villanueva, Valledupar, Codazzi), la ubicación de estas en puntos geográficos privilegiados, como zonas con cierta altitud, cruces de caminos y lugares con fuentes de agua. Los recorridos hablan de una gran autonomía de esas provincias, pertenecientes políticamente al departamento del Magdalena, pero con vínculos interiores más fuertes que con la misma capital, Santa Marta, lo que podría explicar su identificación con el partido rebelde.

Pero lo que más llama la atención en la narración de Robles es la constante mención de los nexos de esta región con Venezuela. Es necesario hacer énfasis en este punto, pues en la historiografía sigue prácticamente inexplorada la influencia mutua que tuvieron Venezuela y Colombia, a pesar de que ambas estaban viviendo contemporáneamente su propia guerra civil y había un cruce permanente de hombres, armas y pertrechos por la frontera. El libro de Robles constituye en este sentido una valiosa fuente.

Otro aspecto interesante del relato y que también se ha dejado de lado en el estudio de la guerra es la participación de los indígenas en el conflicto. Robles siempre se refiere a estos grupos con sospecha y desconfianza: los guerrilleros liberales tenían que esquivar el ataque de motilones “que aun permanecían en estado de completo salvajismo” (p. 38). En otros casos, señala que aquellos fueron víctimas de emboscadas de “indios goajiros” (pp. 81, 87). Estas acciones de los indígenas necesitan entenderse no como producto de una identificación suya con los gobiernistas, sino como estrategias para conservar su dominio territorial, puesto en cuestión por liberales armados y empoderados en medio de una situación de dislocación del orden, como la que se presentaba en la guerra.

Acerca de la Guerra de los Mil Días se han publicado más memorias que sobre ningún otro episodio del siglo XIX. En esa medida, resulta interesante comparar los *Recuerdos*, de Robles, con otros relatos de la misma campaña: el del general gobiernista Ignacio Folíaco (*A la Nación*, 1903), en el que explica por qué en 1902 tuvo que capitular ante los liberales y cederles de nuevo el control de Riohacha, ciudad a la que habían retomado tropas gobiernistas al mando de Pedro Nel Ospina, en enero de 1901, y la narración del liberal Sabas Socarrás, paisano de Robles, quien publicó su versión de la guerra por entregas en *El Tiempo*, en 1930.

La comparación de esas y otras memorias sobre la guerra permite observar que su intencionalidad cambia con el tiempo: en las memorias escritas pocos años después de la guerra, como la de Folíaco, afloran las inculpaciones mutuas de los errores cometidos entre los mismos copartidarios; con los años, especialmente tras el ascenso de los liberales al poder presidencial en 1930, se renueva la memoria de la Guerra de los Mil Días engrandeciendo el episodio como un momento culmen de compromiso partidista de los liberales en pro de sus ideales, cuyos resultados se verían treinta años después.

La narración de Robles (como la de Socarrás) es ejemplo de eso último. Al escribir sus recuerdos en los años 40, enaltece y justifica en su prosa las acciones de los combatientes liberales:

Un alto ideal de justas reivindicaciones mantenía encendido el fuego del entusiasmo en sus espíritus (...). Movíales conscientemente algo muy noble (...): la grandeza y el porvenir de la patria. (p. 37)

Así, otorga coherencia y carácter heroico a acciones que el mismo relato revela como aisladas y caóticas, marcadas por los fracasos y la profunda fragmentación y conflictividad interna de la fuerza rebelde.

En cambio, el paso del tiempo no ha debilitado el desprecio con el que Robles mira las acciones de los contrarios. Atribuye a ellos los actos más arbitrarios y sanguinarios de la contienda, los que originaron, según él, la radicalización posterior de las fuerzas liberales, los excesos de la guerra y la degeneración del conflicto. Tales descripciones, recurrentes en su narración, evidencian que cuarenta años después, subsistía la polarización partidista, así como la memoria de los terribles episodios vividos. Robles describe con emotividad varios combates (El Jobo, Garapacera, Carazúa, Cerro del Blanco), que quizás tenían ya poco significado para sus lectores, pero que continuaban vivos en sus recuerdos:

A la edad que contábamos entonces, la memoria de las hondas conmociones se conserva con diáfana claridad, como si los hechos hubiesen ocurrido pocos días antes. (p. 88)

Inevitablemente, la guerra deja profundas y duraderas huellas en la vida de individuos y poblaciones enteras y este escrito de Robles es manifestación de una de las muchas formas de elaboración del trauma vivido por los colombianos de comienzos de siglo. Por eso, aunque nos resulten ahora ajenos los episodios de su relato, leerlo nos lleva a pensar en el largo camino que aún deberá recorrer nuestra sociedad para sanar las heridas de una guerra a

la que parece dársele un fin oficial, pero que no por ello desaparecerá de los recuerdos y de los discursos de las varias generaciones de colombianos que han padecido sus rigores.

**Brenda Escobar Guzmán**

Universidad Industrial de Santander